 Tiempo de lectura: 12 min.

Comprender a Francisco de Sales significa sumergirse en el corazón del siglo XVII europeo: una época marcada por guerras de religión, efervescencia cultural y una profunda renovación espiritual. Nacido en 1567 en el ducado de Saboya —tierra fronteriza entre Francia, Italia y el mundo reformado de Ginebra—, Francisco crece en un contexto políticamente inestable, atravesado por las tensiones entre católicos y protestantes. Respira el humanismo cristiano en las aulas de los jesuitas en París y Padua, hereda el fervor del Concilio de Trento y se confronta con las grandes corrientes místicas de su tiempo. Su figura no puede entenderse sin este telón de fondo: es precisamente dentro de la historia, y no en sus márgenes, donde Francisco se convierte en el santo de la bondad y la dulzura.

Saboya

Francisco de Sales no era ni francés ni italiano: era saboyano, es decir, nacido en el ducado de Saboya, del cual también formaba parte el Piamonte. «Soy, en cualquier caso, saboyano, tanto por nacimiento como por obligación», escribía a un secretario del duque Carlos Manuel en 1616. También don Bosco, nacido en 1815, formaba parte de este Estado alpino, que terminaría convirtiéndose en el Reino de Italia en 1861. Un año antes, Saboya había sido cedida a Francia.

Francisco nació en 1567 en el castillo de Sales, en el municipio de Thorens, a 15 km al norte de Annecy, en tiempos del duque Manuel Filiberto. Este, en 1562, había trasladado la capital de Chambéry a Turín. De 1580 a 1630, es decir, durante casi toda su vida, reinó el duque Carlos Manuel, un hombre decidido pero enredado en múltiples intrigas con vecinos poderosos siempre en guerra, sobre todo Francia y España. Las guerras, las alianzas y los matrimonios tenían como objetivo principal proteger y, a ser posible, ampliar los propios territorios.

Para promover sus intereses, el duque de Saboya se ve obligado a un peligroso juego de alianzas: o con España contra Francia, o con Francia contra España. Como resultado, el ducado pierde posesiones al oeste (Bresse, Bugey, Gex, Ginebra) y las gana en el Piamonte, hacia el este (marquesado de Saluzzo y del Monferrato).

Desde el punto de vista religioso, el ducado no es homogéneo. En una época en la que religión y política están íntimamente entrelazadas y en la que el principio *cujus regio*, *ejus religio* (de quien es la región, de él sea la religión) tiende a imponer una única confesión cristiana a las poblaciones de un territorio preciso, se puede entender la preocupación por la unificación religiosa del católico Carlos Manuel. En Ginebra, la Reforma protestante se había implantado en 1535. Calvino la consolidará y el obispo católico de Ginebra elegirá el exilio. Ginebra se ha vuelto misionera y belicista. Su influencia religiosa y política se ha extendido sobre el Chablais y el país de Gex. La situación preocupa a los gobernantes: no faltan conflictos internacionales, luchas internas con operaciones bélicas y, a veces, negociaciones diplomáticas, en las que los intereses religiosos se combinan con las discusiones políticas. El último intento (fallido) del duque de Saboya por reconquistar Ginebra con las armas es de 1602 (la famosa *Escalade*).

La sociedad está estructurada según un orden jerárquico, en el que las familias se esfuerzan por destacar para adquirir poder. Así, también la familia de Sales logró comprar el castillo (*castrum*) de Thorens. La estructura feudal ya no es la de la Edad Media, pero no ha desaparecido. Esta sociedad también está jerarquizada: están los nobles, luego los burgueses (cuya influencia se refuerza con el calvinismo) y, finalmente, el pueblo de las ciudades, de los campos y de las montañas.

El humanismo en Saboya y en Francia

Nacido en Italia en el siglo XV, este movimiento, que marca el inicio de la época moderna, fue acogido con entusiasmo por la élite en Saboya y en Francia. Sin embargo, el humanismo no posee un significado unitario. Siguiendo a Henri Bremond, en su vasta Histoire littéraire du sentiment religieux en France, podemos distinguir un **humanismo naturalista**, un **humanismo cristiano** y **un humanismo devoto**.

El humanismo naturalista representa ese esfuerzo por glorificar la naturaleza humana. «El humanista extremo —escribe Bremond— conoce solamente nuestra grandeza y la suya propia. Hace el elogio de la naturaleza humana con un entusiasmo exuberante… Tiene una confianza inquebrantable en el hecho de que el hombre es fundamentalmente bueno. Incluso allí donde es débil, lo excusa, lo

defiende y lo exalta». La antigüedad grecorromana se ha convertido en la fuente y el modelo de la literatura más elegante y de una formación más elevada, en contraposición a los modelos escolásticos y medievales. Pero al mismo tiempo, con los autores clásicos se acogieron muy pronto también los contenidos paganos en la cultura y en la filosofía, mientras que la piedad quedaba relegada a los conventos.

El humanismo cristiano busca el equilibrio entre el humanismo y la vida cristiana. Se escribe en un estilo conforme a los modelos clásicos y el hombre pasa cada vez más a un primer plano. Mientras tanto, no se pueden ocultar los peligros inherentes a esta corriente: la mezcla del pensamiento cristiano con el pagano, la fractura entre fe y formación moral de la personalidad, una vida cristiana meramente exterior y también la fractura entre la élite y la masa.

Finalmente está el humanismo devoto, en el que la devoción prevalece y se sirve del humanismo para sus propios fines. Bremond lo explica así: «El humanismo devoto no hace más que aplicar las mejores tradiciones del Renacimiento tanto en la santificación personal de quienes lo viven, como en la dirección de los fieles».

Está claro que el humanismo de Francisco de Sales debe situarse en esta última corriente, como lo atestigua toda su educación en Saboya, en París y en Padua. A los seis años aprende de su padre un dicho que se convierte en su lema: «Pienso en Dios y en comportarme como un hombre honesto».

En La Roche y en el colegio de Annecy sus primeros maestros lo introducen en la cultura clásica. Se elogia en Francisco su capacidad de aprendizaje, sus buenos modales y también su sed de saber respecto a los misterios de la fe. Enviado por su padre a estudiar a París, eligió el colegio de Clermont, donde los jesuitas cultivan la piedad junto con los estudios humanísticos, esforzándose por cristianizar el humanismo renacentista. En Padua luego estudió derecho y teología y eligió como director espiritual al famoso jesuita Antonio Possevino. Se deduce de toda esta formación que el humanismo de Francisco de Sales es un humanismo crítico, que escoge y selecciona lo que es válido y también hermoso, arrancando al humanismo su alma pagana.

Del estudio de Franz Königbauer sobre el humanismo en la vida y en la doctrina de san Francisco de Sales podemos extraer algunos elementos interesantes que demuestran la influencia del humanismo en el salesiano:

– la búsqueda de la perfección literaria;

– los rasgos de su personalidad;

– la imagen de Dios marcada por la perfección y la bondad infinita;

– la imagen del hombre destinado a la unión con Dios;

– la valoración del cuerpo;

– la revalorización del sentimiento y del afecto;

– el libre albedrío (y los límites de la libertad);

– la fuerza y el efecto del amor.

Una Iglesia necesitada de reforma

La vida de san Francisco de Sales se inserta en una época muy importante en la historia de la Iglesia. Nació en 1567, es decir, cincuenta años después de la revuelta de Lutero en Wittenberg en 1517 y cuatro años después de la clausura del Concilio de Trento (1545-1563). Toda su vida y su ministerio estarán marcados por la cuestión protestante y por la necesidad de la reforma católica.

¿Cuáles fueron las causas de la reforma protestante? Los historiadores modernos, escribe Giacomo Martina, están bastante divididos a la hora de identificar las causas de la revolución protestante. El padre Martina considera sobre todo la decadencia de la autoridad pontificia en los siglos XIV y XV. En esta clave de lectura se pueden interpretar los siguientes acontecimientos:

– el atentado contra el papa Bonifacio VIII en Anagni (1303);

– el exilio de Aviñón (1309-1376);

– el Cisma de Occidente a partir de 1378;

– la teoría de la superioridad del concilio sobre el papa;

– la tendencia a la formación de iglesias nacionales;

– la acentuación de las preocupaciones mundanas en la época del Renacimiento;

– la corrupción moral de algunos papas.

El mismo autor señala, sin embargo, también otros elementos religiosos que influyeron en la génesis del protestantismo:

– la decadencia de la escolástica;

– las tendencias intelectuales de la época (nominalismo de Ockham);

– el falso misticismo;

– el evangelismo (Erasmo de Rotterdam y los *alumbrados* en España);

– la corrupción de algunas altas esferas de la Iglesia, especialmente en Italia y en Alemania;

– la inquietud psicológica del siglo XV.

Junto a los factores religiosos es importante también tener en cuenta las causas políticas, sociales y económicas, sobre todo en Alemania: la resistencia contra Roma, la resistencia contra la centralización y el absolutismo de los Habsburgo, la situación económica y social y, finalmente, la personalidad de Lutero.

Nacido en Sajonia en 1483, Lutero estudió filosofía en Erfurt, en un ambiente impregnado de ockhamismo. En 1505 entró en el convento de los agustinos en esa ciudad. Tras su ordenación sacerdotal fue llamado en 1508 a enseñar en Wittenberg. Entre 1515 y 1517 comenzó a formular la nueva doctrina bajo la influencia del ockhamismo, de la interpretación personal de san Pablo y de san Agustín y de su profunda inquietud psicológica. En 1517 lanzó su protesta contra la venta de indulgencias, que marcó el inicio de la Reforma. Los puntos esenciales del luteranismo son: el reconocimiento de la Biblia como única autoridad en materia de fe (sin la Tradición, la mediación de la Iglesia con su magisterio), la justificación mediante la sola fe (sin las buenas obras), la salvación mediante la sola gracia (sin la mediación de la Iglesia, de la jerarquía o de los sacramentos).

En Ginebra, que dependía teóricamente del duque de Saboya y del príncipe obispo, las ideas de la Reforma fueron introducidas por mercaderes alemanes a partir de 1525. En los años siguientes, la corriente protestante se desarrolló, sobre todo por

obra del predicador Guillaume Farel y con la protección de los berneses. En 1534, por motivos religiosos, pero también políticos y económicos, la mayor parte de la clase dirigente se adhirió a la Reforma, y el obispo Pierre de la Baume, asustado, abandonó la ciudad. El 10 de agosto de 1535, el Consejo de la ciudad suspendió la misa. El 21 de mayo de 1536, el Consejo confirmó la adopción de la Reforma. Dos meses después, Calvino se estableció en Ginebra, que se convirtió en la «Roma protestante». Al mismo tiempo, el culto católico fue suprimido en Thonon, capital de Chablais, donde se puso fin a las «ceremonias, sacrificios, oficios, instituciones y tradiciones papistas». Los sucesores de Pierre de la Baume y el cabildo catedralicio eligieron la ciudad de Annecy como sede «provisional» (en el exilio) de la diócesis de Ginebra.

Nacido en Noyon (Francia) en 1509, Calvino (Jean Cauvin o Calvin) estudió teología en París y derecho en Orleans y luego en Bourges, donde conoció la doctrina de Lutero. Por seguridad, se trasladó a Estrasburgo y Basilea, donde publicó en 1536 la primera redacción de su obra fundamental, la *Institutio christianae religionis*. De paso por Ginebra, Guillaume Farel le rogó que se quedara en esta ciudad, de la que se convirtió en el líder religioso y también político. La doctrina de Calvino retoma los temas esenciales de Lutero y de Zwinglio, el reformador de Zúrich. El nervio de su sistema es la doctrina de la predestinación: Dios, desde la eternidad e independientemente de la previsión del pecado original, elige a algunos para la bienaventuranza eterna y a otros para la condenación eterna. En cuanto a la eucaristía, Calvino niega la transustanciación, afirmando que el pan y el vino son instrumentos a través de los cuales entramos en comunión con la sustancia de Cristo. El culto se reduce a la oración, la predicación y el canto de los salmos; ya no hay ornamentos, órgano o jerarquía. El discípulo más fiel de Calvino y su sucesor fue Théodore de Bèze (Teodoro Beza), a quien Francisco de Sales encontró tres veces.

Las luchas y la contestación protestante despertaron las energías de la Iglesia. Dos veces suspendido a causa de la peste o de la guerra, el Concilio de Trento (1545-1563) dio la señal de la reforma católica con sus decisiones dogmáticas y sus decretos disciplinarios. En el plano doctrinal, los Padres del concilio intervinieron sobre las fuentes de la Revelación, sobre la justificación y sobre los sacramentos. Sobre las fuentes de la Revelación, el concilio fijó la lista de los escritos inspirados del Antiguo y del Nuevo Testamento, adoptó la Vulgata como la versión oficial de la Iglesia y declaró que la Tradición era una fuente de la fe con la Escritura y que esta debía ser interpretada no según el sentido individual, sino según la enseñanza de la

Iglesia. Respecto a la justificación, se definió que la fe sola no basta para justificar al creyente, sino que también se necesitan las obras realizadas bajo el influjo de la gracia. Sobre los sacramentos, el concilio definió la institución divina, la naturaleza, el ministro, las disposiciones requeridas y los efectos de los siete sacramentos. Proclamó además la existencia del purgatorio, la legitimidad de las indulgencias, la invocación de los santos, el culto de las reliquias y de las imágenes. En el plano disciplinario, el concilio tomó algunas medidas que tuvieron una gran influencia: deber de residencia para los obispos y los párrocos; prohibición a los predicadores de indulgencias de recibir dinero; creación de los seminarios; prohibición a los monjes de poseer; clausura absoluta para los conventos de mujeres; reafirmación de la indisolubilidad del matrimonio y prohibición de los matrimonios clandestinos; prohibición del duelo. Después del concilio, San Pío V (1566-1572) publicó el Catecismo romano (1566), el Misal y el Breviario; Gregorio XIII (1572-1585) fundó colegios eclesiásticos en Roma; y Sixto V (1585-1590) ordenó la Curia romana en 15 Congregaciones. Los grandes artífices de la reforma católica fueron obispos, como San Carlos Borromeo de Milán (1538-1584), nuevos religiosos (ante todo los jesuitas de San Ignacio de Loyola), así como los teólogos y los santos de aquella época.

Una renovación espiritual en curso

En la época de la que nos ocupamos, la espiritualidad se cultivó según formas, tradiciones y países diversos, pero también con intercambios e influjos recíprocos. En los países del Norte (Países Bajos, Renania, Flandes, Alsacia) regía una tradición de mística «abstracta», que se remontaba a la Baja Edad Media y que seguía ejerciendo una gran influencia, incluso sobre el propio Lutero. El primero de todos fue Meister Eckhart (1260-1327), un dominico, provincial de Sajonia y profesor de teología en Estrasburgo. Según el pensamiento del «maestro», el hombre verdaderamente espiritual debe buscar la unión del alma con la esencia divina, incluso más allá de la humanidad de Cristo. Entre sus discípulos cabe mencionar al beato Enrique Suso, también dominico y profesor de teología en Constanza (1295-1366), Juan Tauler, teólogo, místico y predicador de Estrasburgo (c.1300-1361), y el flamenco Jan Ruysbroek (1293-1381), propagador de la devotio moderna, cuyo texto más representativo es la Imitación de Cristo, atribuida a Tomás de Kempis (1380-1471).

Italia contribuyó en gran parte a la renovación católica. San Pío V y San Carlos Borromeo (1538-1584) eran italianos. En Italia habían nacido numerosos órdenes y

congregaciones: Teatinos, Oratorio de San Felipe Neri (1515-1594), Capuchinos, Ursulinas de Santa Ángela Merici, etc. La Italia mística permaneció bajo la influencia de Santa Catalina de Siena (1347-1380), una mística muy preocupada por la reforma de la Iglesia, y de los santos del siglo XV, en especial Santa Catalina de Génova (1447-1510). El siglo XVI se caracteriza por dos místicas: Santa María Magdalena de Pazzi (1566-1607), carmelita, y Catalina de Ricci (1522-1590), dominica, también preocupadas por la reforma de la Iglesia.

España conoció en el siglo XVI su «*siglo de oro*» también en el campo religioso y espiritual. Produjo grandes nombres en la mística, sobre todo Teresa de Ávila (1515-1582), santa y reformadora del Carmelo, Juan de la Cruz (1542-1591) e Ignacio de Loyola (1491-1556). Francisco de Sales apreciaba mucho también al dominico Luis de Granada (+1588), quien proponía un camino de perfección para todos por medio de la oración, la palabra de Dios, la interioridad y la unión con Dios. Por otra parte, la corriente de los *Alumbrados* («iluminados» directamente por el Espíritu) parecía a la autoridad sospechosa de heterodoxia.

En Francia, bajo el reinado de Enrique III (1574-1589), durante y después de las guerras de religión, comenzó una brillante renovación espiritual. En este período, la vida de piedad se nutrió aún de los modelos importados. Muchos autores italianos y españoles fueron traducidos al francés. También se tradujeron al latín actualizado las obras de la escuela del Norte. Dominaba, de hecho, la mística renana de tendencia abstracta; ejercía una fuerte atracción la «vida sobre eminente» de unión directa con el Ser supremo, más allá de la humanidad de Cristo. Los escritos del pseudo-Dionisio, un autor neoplatónico de los siglos V-VI, eran la lectura preferida de los franceses.

Francisco entró en contacto con este movimiento en París, donde permaneció de enero a septiembre de 1602, mientras frecuentaba un ambiente deseoso de vida interior: la casa de Madame Acarie. Esta señora no solo era una anfitriona y una madre de familia cumplida, elegante y alegre, siempre dispuesta a ayudar a los pobres, sino que caía a menudo en éxtasis. Francisco fue elegido por ella como confesor y apoyó su proyecto de introducir en Francia el Carmelo reformado de Santa Teresa de Ávila. En el «Círculo de Madame Acarie» conoció a Pierre de Bérulle, futuro cardenal, y también animó su proyecto de introducir en Francia el Oratorio de Felipe Neri; Bérulle sería el fundador y primer superior, en 1611, del Oratorio de Francia. Francisco también se encontró con el capuchino de origen

inglés Benoît de Canfeld, la mayor autoridad mística de su tiempo; con dom Beaucousin, vicario de la Cartuja de París; con André Duval, gran evangelizador de los pobres; con el padre Cotton, el jesuita futuro confesor de Enrique IV; con el padre de Brétigny, que había conocido en España a Juan de la Cruz; y otros personajes de la época. En aquellos años nacía alrededor de Bérulle la escuela de espiritualidad conocida bajo el nombre de «*École française*» (H. Bremond), que tendría como mayores representantes a San Vicente de Paúl, Jean-Jacques Olier, San Juan Eudes, San Juan Bautista de la Salle y San Luis María Grignion de Montfort.